Catálogo de las maravillas de mundo

Juan Ángel Juristo

Con dos libros de poesía y siete novelas, entre las que destacan *La última hora del último día* y *La fiesta del oso*, Jordi Soler ha ido haciéndose un lugar cada vez más importante entre la última hornada de escritores españoles. Nacido en Veracruz, México, de familia catalana exiliada a aquel país durante la guerra civil, agregado cultural en Dublín en su momento, abandonó aquella labor, que dejó cierta huella por su excelencia, para dedicarse en exclusiva a la literatura, viviendo desde entonces en Barcelona. La raquítica referencia biográfica es pertinente en tanto en cuanto gran parte de la narrativa de Soler se conforma atendiendo a lo vivido. Así, en *La última hora del último día*, una magnífica novela de clara raigambre rulfiana, evoca en una atmósfera de pesadilla de una intensidad lírica poco común, un drama rural acaecido en la colonia catalana en México, y en *La fiesta del oso*, por no citar más que sus novelas más recientes, describe, con la intrusión de elementos fantásticos, la vida de los guerrilleros en el Pirineo catalán en la inmediata posguerra española. Esa intrusión de elementos familiares conforma un modo de concebir la memoria literaria que incide de manera determinante en lo escrito, imbricando en una suerte de destino común la materia literaria y la experiencia personal. Recientemente se han editado, han salido al

---

Jordi Soler: *Diles que son cadáveres.* Editorial Mondadori. Barcelona, 2011.
Jordi Soler: *Salvador Dalí y la más inquietante de las chicas yeyé.* Editorial Mondadori. Barcelona, 2011.

mercado a la vez, dos libros de Jordi Soler que nos reiteran, una vez más, esa opinión que teníamos respecto a la calidad de su literatura: *Diles* que *son cadáveres*, una desternillante novela ambientada en Irlanda del Norte donde unos personajes excéntricos viajan en busca del bastón de San Patricio que había sido propiedad de Antonin Artaud y que el escritor francés dejó en una parroquia cercana a Belfast en un viaje iniciático que realizó en 1937, y *Salvador Dalí y la más inquietante de las chicas yeyé*, varios retratos y autorretratos de personajes emblemáticos de la cultura pop, Janis Joplin, Al Capone, Charles Manson, Drácula, Nadia Comaneci, el Ernest Hemingway de *El viejo y el mar*, pero sólo de este libro, Pancho Villa, Salvador Dalí... personajes que han conformado parte del imaginario del autor desde su infancia y que éste, en una especie de ajuste de cuentas literario, intenta exorcizar mediante un sentido del humor exacerbado y, en el fondo, tendente a una irremediable melancolía.

Jordi Soler es un narrador que sabe recrear como pocos escritores, ambientes delirantes, oníricos, extraños siempre a lo que entendemos por cotidianeidad. Lo ha hecho en cada uno de sus libros, como si se tratase de un destino ineludible a su oficio, pero en *Diles que son cadáveres*, esa atmósfera se trastoca en una farsa hilarante, de una intensidad que no decae a lo largo de la narración y que transforma lo delirante en una suerte de metáfora surrealista de las consecuencias que acarrea el fetichismo cultural. El autor es miembro de la Orden de los Caballeros del Finnegans, suerte de club del que forman parte Eduardo Lago, Enrique Vila Matas, Antonio Soler, Malcolm Otero Barral y Marcos Giralt Torrente, aparte de nuestro escritor, que se dedica a velar, no sabemos muy bien de qué manera, por el culto de *Ulises*, de Joyce, y, por supuesto, se supone tienen que asistir obligatoriamente al Bloomsday cada año. En la novela, el narrador, un mexicano que es agregado cultural de la embajada de su país en Dublín, organiza actos donde el culto a Joyce es inevitable, obligado, y se tropieza en la capital irlandesa con algunos miembros del citado club mientras pasea con un poeta irlandés, Lear McManus, «el poeta de la pradera asfaltada», y una pareja francesa, los Lapin, inmensamente ricos y cuya vocación es coleccionar objetos que hubieran pertenecido a Antonin Artaud. El paralelismo con experiencias

personales se revela, de nuevo, como algo intrínseco a la narración pero no necesario. De hecho Jordi Soler parece coleccionar anécdotas personales en este libro, que no oculta, pero que inciden poco en el desarrollo de la trama, al modo de pequeños guiños que el narrador ofrece al autor, suerte de gesto metaliterario que despliega a lo largo de la novela en otras ocasiones.

La trama misma de la narración, ya dijimos antes, resuena como una metáfora del fetichismo inherente a la cultura y, de hecho, se resuelve como una reflexión final sobre ese fenómeno. El viaje delirante, suerte de camino iniciático hacia no se sabe qué iluminación, que realizan hacia Belfast desde Dublín en un coche oficial, el agregado cultural de la embajada mexicana, un homosexual descreído ya de todo, el poeta irlandés antes citado y acompañado siempre por su iPhone, y el millonario coleccionista de objetos pertenecientes a Antonin Artaud, termina, luego de mil avatares de que no excluyen la autoridad de algunos miembros del IRA, en una catástrofe en la que está por medio el Carnicero de Antrim, un conocido terrorista del IRA auténtico y autor del famoso atentado que estuvo a punto de acabar con el Tratado de Paz en el Ulster y al que ayuda a escapar el poeta irlandés. Este final imprevisible de un viaje imposible desde el comienzo, el bastón que perteneció a San Patricio, y que estuvo en posesión de Jonathan Swift, fue quemado en tiempos de Jorge II por el arzobispo de Canterbury, y en que todos arriesgan dignidad, prestigio social, dinero, e incluso el empleo, como le ocurre al narrador, por una quimera, actúa como una reflexión amarga sobre la suerte de los sueños imposibles en nuestro mundo pero, a la vez, como una indagación en nuestros propios fantasmas. Ni que decir tiene que este final aparente no es el final real de la novela: hay otro, unas páginas más adelante, pero no conviene desvelarlo en una reseña.

Los recursos a otorgar un significado esencial a los símbolos de la cultura pop es algo inherente a los dos libros. En la novela ya hemos dado cuenta de la atmósfera peculiar del Dublín inmerso en el culto de Joyce como objeto turístico por excelencia, así como la atmósfera fetichista de los amantes de la figura de Antonin Artaud, en la novela hay más referencias de este tipo, pero donde este homenaje brilla con especial complacencia y humor es en *Salvador Dalí y la más inquietante chica yeyé*. El libro se

resuelve como un catálogo ilustrado de las maravillas, cómicas y trágicas, que el mundo del pasado siglo ha ofrecido al imaginario personal y colectivo. Desde luego que la lista es limitada, veintidós personajes, pero mantiene una vocación infinita pues no hay razón para que la cosa continúe hasta no saber en qué momento parar. Aun y así, desde luego, están Elvis Presley, Bela Lugosi, Frank Sinatra, pero también hay hueco para personajes curiosos, monstruosos, como Lucía Zárate, una enana mexicana que medía cincuenta centímetros y que adquirió fama internacional en la Feria de Filadelfia, o saber del interés de la NASA por Sally Kristen, la primera astronauta norteamericana en salir al espacio exterior, en seria competencia con Valentina Tereshkova. Con todo, donde el libro se muestra espléndido por la mezcla de sutilidad y humor, es en los tres autorretratos que cierran el libro donde se da cuenta de la razón por la que el autor pasó una noche en casa de Oscar Wide o qué relata en realidad Gregorio, el pescador que retrató Hemingway en *El viejo y el mar*, en una bella metáfora entre el tenue hilo que diferencia la ficción de la vida real. Dos libros, en suma, de una rara excelencia de un autor que reflexiona con especial fortuna sobre su oficio, sus límites, sus ilimitadas compensaciones